

Plaza Real, Plaza de Cataluña  
(Barcelona)

Yendo desde la Plaza Real a la Plaza de Cataluña  
crucé la calle  
y me tiré al río de la multitud  
que por Las Ramblas a su ritmo iba  
y venía. Me hice sitio y me acomodé como pude  
al denso ambular de los viandantes  
—hombres, mujeres, niños—, turistas casi todos,  
y yo asimilado a ellos.  
Nuestro fluir hacia adelante, por no mencionar  
la plena corriente en dirección opuesta,  
parecía una lección de armonía,  
a veces a paso lento, cuando no  
a paso entrecortado.  
Éramos tantos—un borbotón de gente;  
una torrentera avanzando hacia alguna parte,  
que me empapé de muchedumbre.

Aquel día de junio fuimos pasando mercadillos  
de toda índole; quioscos de prensa; una pajarería  
cuyas aves, según el colorido del plumaje,  
trinaban su cantar;  
dibujantes y artistas callejeros;  
un tendajo de bienolientes flores fieles a su aroma;  
cafés al aire libre—  
todos respirando ese momento de hermandad.  
Afirmo que me sentí presente  
en el presente  
en una ola humana tratando de arribar a un lugar  
(tal vez a un destino)  
y yo queriendo llegar al Zurich,  
un café donde un amigo me esperaba.

La verdad que me llegó al final,  
quiero decir, lo maravilloso de ese mediodía,  
fue el oleaje de todos los colores de un mosaico  
de aquella humanidad, iluminado todo  
por el claro son de las muchas lenguas alrededor de mí  
(yo, por lo menos, iba pensando en dos).  
Oh gran urbe, amante mía,  
hemos ido en masa a cada paso  
y hemos sido, por un instante,  
el poder de un pueblo en unión, una república,  
pequeña nación en movimiento.